

# Tess Gerritsen

---

INCENDIO



En una sombría tienda de antigüedades de Roma, la violinista Julia Ansdell tropieza con una curiosa pieza musical, un vals, Incendio, que la hechiza de inmediato. La composición, apasionada, atormentada y estremecedoramente bella, de notas sombrías y febriles arpegios, parece dotada de vida propia. Julia está decidida a dominar su compleja ejecución y mostrársela al mundo entero. De nuevo en Boston, en cuanto el arco y las cuerdas de su violín reproducen por primera vez las notas encendidas del vals, comienzan a suceder cosas extrañas que trastocan su tranquila existencia. La música tiene un efecto inexplicable y aterrador en Lily, su pequeña de tres años, que parece sufrir una brusca transformación. Convencida de que los hipnóticos compases de Incendio están urdiendo un hechizo maligno, Julia se propone encontrar al creador de la pieza y averiguar el origen de esta. Su búsqueda la lleva a la ancestral ciudad de Venecia, donde descubre el oscuro secreto de una familia peligrosamente poderosa que no se detendrá ante nada para impedir que la violinista desvele la verdad.

*En recuerdo de Michael S. Palmer.*

# INCENDIO

Tess Gerritsen

# Julia

## 1

---

Ya desde el umbral de la puerta percibo el aroma a libro viejo, ese perfume de páginas frágiles y piel gastada. Los otros anticuarios de este callejón empedrado tienen el aire acondicionado puesto y la puerta cerrada para protegerse del calor; esta, en cambio, abierta de par en par, parece invitarme a entrar. Es mi última tarde en Roma, mi última oportunidad de adquirir algún recuerdo personal de mi visita. He comprado una corbata de seda para Rob y un vestido con muchísimos volantes para Lily, nuestra pequeña de tres años, pero aún no he encontrado nada para mí. En el escaparate, veo lo que ando buscando.

Me adentro en una oscuridad tal que a mis ojos les cuesta adaptarse. Fuera hace un calor insoportable, pero allí dentro se está fresco, como en una cueva a la que no llegaran ni la luz ni el calor. Poco a poco las siluetas van tomando forma entre las sombras y detecto estanterías atestadas de libros, baúles viejos y, en un rincón, una deslustrada armadura medieval. De las paredes cuelgan óleos, todos ellos chillones, feos y con etiquetas amarillentas que indican su precio. No había visto que el propietario estaba en la trastienda, y me sobresalta cuando de pronto se dirige a mí en italiano. Al volverme, me encuentro a un tipo menudo cuyas cejas parecen orugas copadas de nieve.

—Perdone —le digo—, *non parlo italiano*.

—*Violino?* —me dice, señalando el estuche del violín que cargo a la espalda. Es un instrumento demasiado valioso para dejarlo en la habitación del hotel y siempre lo llevo

encima cuando viajo—. *Musicista?* —pregunta, y hace como si tocara el violín en el aire, reproduciendo con la mano derecha el delicado vaivén de un arco invisible.

—Sí, soy violinista. De Estados Unidos. He tocado esta mañana en el festival. —Aunque asiente por cortesía, dudo que haya entendido lo que le he dicho. Señalo el objeto que he visto en el escaparate—. ¿Podría verlo? Libro. Música.

Alarga la mano al escaparate, coge el libro de partituras y me lo entrega. Sé que es antiguo por la forma en que se deshacen los bordes de las páginas al tocarlas. La edición es italiana y la cubierta lleva escrita la palabra «gitano» y una imagen de un hombre harapiento tocando el violín. Lo abro por el primer tema, escrito en clave menor. No conozco la pieza, una melodía desgarradora que mis dedos ya ansían tocar. Sí, esto es lo que siempre ando buscando: música antigua y olvidada, digna de ser redescubierta.

Mientras hojeo las otras piezas, se escapa del libro una hoja suelta que cae aleteando al suelo. No forma parte del libro: es una hoja repleta de notas musicales anotadas a lápiz. El título de la composición está escrito a mano con elegante y florida caligrafía: *Incendio*, de L. Todesco.

Según voy leyendo la partitura, reproduzco las notas mentalmente y, con solo unos compases, ya sé que este vals es hermoso. Comienza con una melodía sencilla en mi menor, pero, hacia el compás dieciséis, se complica; en el sesenta, las notas empiezan a amontonarse y se producen accidentes discordantes. Vuelvo la hoja y, al otro lado, encuentro decenas de anotaciones. Una serie de arpeggios, rápida como un rayo, transforma la melodía en un torbellino de notas que me erizan el vello de los brazos.

Tengo que llevarme esta música.

—*¿Cuanto costa?* —pregunto—. ¿Esta página y el libro entero?

El propietario me observa con picardía.

—*Cento.*

Saca un bolígrafo y se escribe la cifra en la palma de la mano.

—¿Cien euros? ¿No lo dirá en serio?

—*E' vecchio*. Antiguo.

—No es tan antiguo.

Por cómo se encoge de hombros deduzco que o lo tomo o lo dejo. Ya ha visto la avidez en mis ojos; sabe que, si me pide una suma desorbitada por ese viejo compendio de canciones gitanas, la pagaré. La música es mi única extravagancia. No me interesan las joyas, ni la ropa ni los zapatos de diseño; el único complemento que valoro de verdad es el violín centenario que llevo a la espalda.

Me entrega un recibo y salgo de la tienda al calor vespertino, pegajoso como un jarabe. Qué raro que estuviera tan fresca allí dentro. Vuelvo la vista al edificio, pero no veo ningún aparato de aire acondicionado, solo ventanas cerradas y unas gárgolas gemelas encaramadas sobre el frontispicio. Un rayo de sol llega hasta mí, reflejado en la aldaba de bronce en forma de cabeza de Medusa. La puerta está cerrada, pero el dueño me mira por el escaparate polvoriento, luego baja el estor y desaparece.

A Rob, mi marido, le encanta la corbata que le he comprado en Roma. Delante del espejo de nuestro dormitorio, se anuda con pericia la lustrosa seda alrededor del cuello.

—Justo lo que necesito para animar un poco ese tostón de reunión —dice—. Igual con estos colores logro mantenerlos despiertos mientras repaso las cifras.

A sus treinta y ocho años, sigue tan delgado y en forma como el día de nuestra boda, aunque el último decenio le haya teñido de plata las sienes. Con la camisa blanca almidonada y los gemelos de oro, mi marido, criado en Boston, presenta la viva imagen del meticuloso contable que es. Para él todo son números: pérdidas y beneficios, pasivo y activo. Contempla el mundo en términos matemáticos y hasta sus movimientos son de una absoluta precisión geométrica, como el arco que forma la corbata al trenzarse pa-

ra componer el nudo perfecto. ¡Qué distintos somos! Los únicos números que me importan a mí son los de las sinfonías, las obras y los compases de mi música. Rob le dice a todo el mundo que por eso lo atraje, porque, al contrario que él, soy una artista y una criatura etérea que danza al sol. Antes me preocupaba que nuestras diferencias pudieran distanciarnos, que Rob, que siempre tiene los pies tan bien plantados en el suelo, se cansara de impedir que su etérea esposa se alejase flotando hacia las nubes, pero diez años después aquí seguimos, aún enamorados.

Me sonrío en el espejo mientras se aprieta el nudo.

—Te has despertado tempranísimo esta mañana, Julia.

—Aún vivo con la hora de Roma. Allí ya son las doce del mediodía. Es lo bueno del desfase horario: piensa en todo lo que me va a dar tiempo a hacer hoy.

—Me temo que estarás agotada a la hora de la comida. ¿Quieres que lleve yo a Lily a la guardería?

—No, hoy prefiero que se quede en casa. Me siento culpable por haberla abandonado toda la semana.

—No tienes por qué. Vino tu tía Val y se encargó de todo, como siempre.

—Ya, pero la he echado muchísimo de menos y hoy quiero pasar con ella hasta el último minuto.

Se vuelve para enseñarme su nueva corbata, perfectamente centrada en el cuello de la camisa.

—¿Qué planes tienes?

—Hace mucho calor, así que creo que iremos a la piscina. Y puede que luego pasemos por la biblioteca a por libros nuevos.

—Suena bien. —Se inclina para besarme; su rostro recién afeitado desprende un intenso olor a cítrico—. Lo paso fatal cuando viajas, cariño —me susurra—. A lo mejor la próxima vez me pido la semana libre y voy contigo. ¿No sería mucho más...?

—¡Mira, mami! ¡Mira qué bonito!

Nuestra pequeña de tres años entra en el dormitorio bailando y dando vueltas, luciendo el vestido nuevo que le he traído de Roma, el mismo que ya se probó anoche y que se niega a quitarse. Sin previo aviso, se lanza a mis brazos como un misil y las dos nos desplomamos sobre la cama, muertas de risa. No hay nada tan dulce como el olor de un hijo propio, y siento ganas de inhalar hasta la última molécula de su ser, de volver a absorberlas en mi propio organismo para que seamos una de nuevo. Mientras abrazo a ese manojito risueño de pelo rubio y volantes de color lavanda, Rob se tira a la cama y nos envuelve a las dos con sus brazos.

—Tengo aquí a las dos chicas más guapas del mundo —declara—. Y son mías, ¡mías, las dos!

—Quédate en casa, papá —pide Lily.

—Ojalá pudiera, cielo. —Le da un sonoro beso en la cabeza y, a regañadientes, se levanta—. Papá tiene que trabajar, pero vas a estar todo el día con mami. ¡Qué bien!

—Vamos a ponernos el bañador —le digo—. Lo pasaremos en grande las dos.

Y así es. Chapoteamos en la piscina municipal. Comemos pizza de queso y helado, y vamos a la biblioteca, donde Lily elige otros dos libros ilustrados con dibujos de burros, su animal favorito. Pero, cuando llegamos a casa hacia las tres, me caigo de cansancio. Como Rob ha predicho, he empezado a notar el desfase horario y muero de ganas de meterme en la cama a dormir.

Por desgracia, Lily está despiertísima y ha sacado al patio, donde dormita nuestro gato, Juniper, la caja de sus ropitas viejas de bebé. Le encanta disfrazarlo, y ya le ha puesto un gorrito en la cabeza y le está metiendo una de las patas delanteras por una manga. Nuestro paciente gato viejo lo aguanta todo como siempre, sin que parezca importarle que lo vistan de encaje y de volantes.

Mientras a Juniper lo preparan para su pase de modelos, saco al patio el violín y mi música y abro el libro de to-

nadas gitanas. La hoja suelta vuelve a desprenderse y cae a mis pies boca arriba. *Incendio*.

No he vuelto a mirar estas partituras desde que las compré. Ahora, mientras fijo la página al atril, pienso en aquella lúgubre tienda de antigüedades y en el anticuario, medio escondido como una criatura cavernaria en su trastienda, y se me pone la carne de gallina, como si el frío de esa tienda siguiera adherido a la música.

Cojo el violín y empiezo a tocar.

En esta tarde húmeda, mi instrumento suena más profundo, más intenso que nunca, con un tono melodioso y cálido. Los treinta y dos primeros compases del vals son tan hermosos como había imaginado, un lamento en un luctuoso barítono. Pero, en el compás cuarenta, las notas se aceleran. La melodía tira y afloja, sacudida por alteraciones, y salta a la séptima posición de la cuerda de mi. Procuero mantener el tempo y no desafinar, y me suda la cara del esfuerzo. Siento que el arco tiene vida propia, que se mueve como embrujado y yo solo me aferro a él. ¡Qué maravilla! Qué obra maestra, si consigo dominarla. Las notas ascienden por la escala. De pronto, pierdo el control y desafino; la melodía se desboca y siento calambres en la mano izquierda.

Una manita me agarra la pierna. Algo cálido y húmedo me mancha la piel.

Dejo de tocar y bajo la vista. Lily me mira desde abajo, con esos ojos tan claros como el turquesa del mar. Aun cuando, sobresaltada, le arrebató la herramienta de jardín de la mano cubierta de sangre, nada perturba sus serenos ojos azules. Sus pies desnudos han dejado huellas en las baldosas del patio. Horrorizada, sigo las huellas hasta el origen de esa sangre.

Entonces es cuando empiezo a gritar.

## 2

---

Rob me ayuda a limpiar la sangre del gato del patio. El pobre Juniper espera su entierro dentro de una bolsa de basura negra. Hemos cavado la tumba en el rincón más apartado del patio, detrás de un seto de lilas, para que yo no me lo encuentre cuando salga al jardín. Nuestro querido compañero, que tenía ya dieciocho años y estaba casi ciego, merece mejor descanso que una triste bolsa de basura, pero, con lo alterada que estaba, no se me ha ocurrido otra cosa.

—Seguro que ha sido un accidente —insiste Rob. Tira la esponja sucia al cubo y, como por arte de magia, el agua se vuelve de un rosa nauseabundo—. Habrá tropezado y se habrá caído encima de él. Menos mal que no lo ha hecho con la parte afilada hacia arriba, porque se habría sacado un ojo. O algo peor.

—Lo he metido yo en la bolsa de basura. Le he visto el cuerpo y no tenía solo una puñalada. ¿Cómo ha podido tropezar y caerse encima de él tres veces seguidas?

Ignorando mi pregunta, Rob coge el arma homicida, una azadilla de púas, y me pregunta:

—De todas formas, ¿cómo ha llegado esto a sus manos?

—Estuve desbrozando la semana pasada. Se me olvidaría guardarla en el cobertizo. —Aún hay sangre en las púas y aparto la vista—. ¿No te extraña la reacción de la niña? Apuñala a Juniper y al poco me pide un zumo. Eso es lo

que me angustia, que esté tan tranquila con lo que ha hecho.

—Aún es pequeña para entenderlo. Los niños de su edad no saben lo que es la muerte.

—Pero ha tenido que ver que le estaba haciendo daño. Él ha debido de protestar.

—¿Lo has oído tú?

—Yo estaba tocando el violín, justo ahí. Lily y Juniper estaban al fondo del patio. Lo estaban pasando fenomenal. Hasta que...

—A lo mejor el gato la ha arañado. A lo mejor la ha provocado de algún modo.

—Sube a su cuarto y mírale los brazos. No tiene ni una sola señal. Además, sabes que el gato era un amor. Ya podías tirarle del pellejo o pisarle la cola, que jamás te arañaba. Lo tengo desde que era una cría, y que haya muerto así...

Se me quiebra la voz y me derrumbo en una de las sillas del patio, abrumada de pronto por todo lo sucedido, azotada por un alud de pena y agotamiento. Y por el sentimiento de culpa, por no haber sido capaz de proteger a mi viejo amigo, que se desangraba a solo unos metros de mí. Incómodo, Rob me da unas palmaditas en el hombro, sin saber cómo consolarme. Mi marido, tan lógico y matemático, no tiene ni idea de cómo reaccionar ante una mujer llorosa.

—Eh, eh, cariño —murmura—. ¿Y si compramos otro gatito?

—No lo dirás en serio. ¿Después de lo que le ha hecho a Juniper?

—Vale, lo que he dicho es una tontería, pero, Julia, por favor, no la culpes. Seguro que lo echa tanto de menos como nosotros. Lo que pasa es que no entiende lo que ha ocurrido.

—¿Mami? —grita Lily desde su cuarto, donde la he dejado durmiendo la siesta—. ¡¡Maaami!!

Aunque es a mí a quien llama, es Rob quien la saca de la cama, quien la acuna en su regazo, sentado en la misma mecedora donde yo le daba el pecho. Mientras los observo, pienso en aquellas noches de recién nacida cuando yo la mecía en esa silla, hora tras hora, y ella apoyaba su aterciopelada mejilla en mi pecho. Aquellas noches mágicas, en vela, en las que solo existíamos Lily y yo. Yo la miraba fijamente a los ojos y le susurraba: «Nunca olvides esto. Recuerda siempre cuánto te quiere mamá».

—El gatito se ha ido —dice Lily sollozando en el hombro de Rob.

—Sí, cariño —murmura Rob—. El gatito se ha ido al cielo.

—¿Le parece un comportamiento normal en una niña de tres años? —le pregunto al pediatra una semana más tarde, en la revisión de Lily.

El doctor Cherry le está examinando la tripita, con las consiguientes risas por las cosquillas, y no contesta enseguida a mi pregunta. Es de esos médicos a los que les gustan los niños y Lily le corresponde siendo un amor. Obediente, vuelve la cabeza para que pueda mirarle los oídos, abre mucho la boca cuando él le mete el depresor lingual para examinarle la garganta... Mi preciosa niña ya sabe cómo camelar a los desconocidos.

Él se yergue y me mira.

—Una conducta agresiva no tiene por qué ser algo preocupante. A esta edad, los niños se frustran con facilidad cuando no consiguen expresarse correctamente y, por lo que me dice, aún usa sobre todo frases de tres y cuatro palabras.

—¿Debería preocuparme eso, el que no hable tanto como otros niños?

—No, no. Las pautas del desarrollo infantil no están labradas en piedra. Hay muchas diferencias entre niños, y Lily

progresar adecuadamente en todos los demás aspectos. Su estatura, su peso y su motricidad son perfectamente normales. —La sienta al borde de la camilla y le dedica una enorme sonrisa—. ¡Y es una niña buenísima! Ya quisiera yo que todos mis pacientes estuviesen tan dispuestos a cooperar. La noto muy centrada, muy atenta.

—Pero lo que le ha hecho al gato... ¿significa que podría hacer algo aún peor cuando sea...?

Hago una pausa, consciente de que Lily me observa y escucha todo lo que digo.

—Señora Ansdell —me dice el doctor en voz baja—, ¿por qué no lleva a Lily a nuestra guardería? Esto deberíamos hablarlo usted y yo a solas, en mi despacho.

Tiene razón. Muy probablemente mi hija, lista y avispa, entiende más de lo que creo. La saco de la consulta y la llevo a la zona de juego para pacientes, como me ha propuesto su médico. En la sala, hay juguetes tirados por todas partes, objetos de plástico de colores llamativos sin bordes cortantes ni piezas pequeñas que puedan entrar en alguna boca de esas que no discriminan. Arrodillado hay un niño más o menos de su edad que simula el ruido de un motor mientras empuja un volquete rojo por la moqueta. La dejo en el suelo y ella se dirige de inmediato a una mesita donde hay un juego de té infantil. Coge la tetera y sirve un té invisible. ¿Cómo sabe hacer eso? Yo nunca he organizado una merienda en casa y, sin embargo, ahí está mi hija, respondiendo al estereotipo de conducta femenina mientras el niño hace runrún con su camión.

Cuando entro en el despacho del doctor Cherry, él está sentado a su escritorio. A través del ventanal, vemos a los dos niños en la estancia contigua; de su lado, el ventanal es un espejo, y ellos no nos ven. Juegan en paralelo, ignorándose, en mundos separados de niño y de niña.

—Me parece que está dando demasiada importancia a ese incidente —dice.